

astronómicos y ha podido comprobarse tras trabajosas investigaciones que así eran en efecto. Se había calculado su emplazamiento para que la línea recta que formaba el observatorio con el punto más alto de algún otro edificio especialmente elegido, pasase en su prolongación por el de aparición en el cielo de determinadas estrellas en el solsticio de verano o en el de invierno o en algunas otras fechas de especial importancia. Su techumbre, en forma de pirámide truncada, constituía un buen punto de referencia espacial en el conjunto de la ciudad y coronaba sin choque neto el prisma perfecto de la torre. Estaba muy estudiado también el ritmo de las escaleras y el de los vanos. Para dar movimiento a las fachadas y para amortiguar un poco la tensión ascendente, había a veces alguna moldura saliente entre piso y piso.

A todos estos monumentos los superan las pirámides. Las mayas son las más esbeltas y rítmicas de toda Mesoamérica y no hay muchos edificios en el mundo que puedan en ese aspecto igualarlas. Solían tener un templo en su cúspide, pero Alberto Ruz demostró durante sus cuatro campañas de excavaciones, culminadas en Palenque en 1952, que algunas de ellas no sólo servían de sustentáculo a un templo, sino que contenían en su interior un sepulcro. Las más representativas de todas estas pirámides nos parecen las del conjunto monumental de Palenque y el templo n.º 1 de Tikal. Las elegiremos, por tanto, como ejemplo.

Los tres más importantes monumentos de Palenque datan del siglo VII. Son un conjunto de tres templos en forma de pirámide escalonada que han recibido los nombres de «Templo del sol», «Templo de las inscripciones» y «Templo de la cruz enramada». Se abrían a una gran plaza y recordaremos tan sólo el de las inscripciones, que dice en una de las muchas que tiene y a las que debe su nombre, que fue terminado en 692. Consta de ocho pisos escalonados y lo corona un templo muy ponderado en su juego de dimensiones, sostenido por robustas pilastras. Su planta es rectangular. Se ha supuesto que los grandes escalones de su empinada escalera monumental, son un símbolo de la subida hacia los cielos. Visto de lejos este conjunto de Palenque se percibe hasta qué punto las dimensiones de la enorme techumbre y el gran zócalo del templo del sol contrapesan con su mayor rotundidad el menor número de pisos escalonados que tiene esta pirámide en comparación con su compañera de las inscripciones. Se crea así entre ambas una especie de equilibrio inestable en el que el mayor aplomo pesante de la primera, sirve de contrapunto a la mayor esbeltez y altura de la segunda. En esta última (la de las inscripciones) es impresionante la concepción del espacio interior en la tumba descubierta por Ruz. Todo se constriñe con una inusitada elasticidad paradójica. En cambio, en el exterior, hay una especie de pórtico (una insinuación más bien, ya que no llega a techarse y sí tan sólo a sugerirse mediante un moldura saliente sobre las pilastras) que nos demuestra hasta qué punto era hábil en sus innovaciones espaciales la arquitectura maya.

El templo n.º 1 de Tikal es posiblemente la pirámide más esbelta del mundo. Las de Egipto parecen a su lado desangeladas. El movimiento ascensional es exacto y tiene una gracilidad elástica que no descuida una acentuación discreta de los planos ascendentes en su diálogo con los estáticos. Sus nueve pisos escalonados tienen un saliente central con una gradiente menos pronunciada que la de los dos cuerpos laterales. La empinada escalera de pequeños peldaños, sobresale a su vez de este cuerpo central. El juego de vo-

lúmenes levemente avanzantes es así de una ponderación llena de euritmia, cuya subida hacia un cielo posiblemente deificado, culmina en lo que todavía queda de la elevada peinetas bifronte que lo corona.

La ornamentación maya no solía ser excesiva, pero se la utilizaba con el objeto de evitar la monotonía de las superficies o de sostener o subrayar algunos de sus ritmos. Se hallaba por tanto íntimamente integrada en la arquitectura, de la misma manera que ésta se hallaba incurra en el urbanismo. La escultura presenta tales problemas en lo que a la psicología de la forma respecta, que creo que pasarán muchos años antes de que se llegue a conocer algo de su sentido profundo. Por muchos que sean sus «parecidos», cabe afirmar que todas sus posibles fuentes son mesoamericanas.

Algo similar sucede con la pintura. Poco queda de ella, salvo la que ilustra con euritmia preclásica griega algunas estremecedoras piezas cerámicas, la de los escasos códices en los que, tal como es habitual en toda América, la línea predomina sobre la mancha de color, y los definitivos frescos de Bonampak, en donde al revés de los que suele suceder en ese ámbito, es la mancha la que predomina sobre la línea. Estos frescos son tan representativos de una concepción de la forma como la mejor arquitectura maya y creo que nos compensan, con su exquisita fragancia y su valor documental, de buena parte de lo que ha desaparecido.

Todo parecía perfecto en aquella interacción de las artes y de su conjunto en la religión, en la vida diaria y en la intuición del mundo, pero a pesar de ello y de la profundidad de la fe, la cultura maya se derrumbó por primera vez alrededor del año 900. Se han buscado toda clase de causas para ese colapso súbito, pero ninguna parece poder explicar por sí sola lo que haya podido acaecer. La más aceptada es la de un agotamiento de la tierra debido al sistema de quemadas. Antes un campesino maya podía vivir con escasos días de trabajo al año y gozar de excedentes. Ahora empezaba a pasar hambre, ya que se cree que el agotamiento coincidió con un gran crecimiento demográfico, cosa probable porque en el siglo anterior al derrumbamiento habían fundado los mayas más de medio centenar de ciudades. También se ha hablado de tensiones sociales y de una invasión de la selva que se hizo de repente tan lujuriente que los mayas fueron incapaces de contenerla. El pueblo maya se escindió entonces y una parte emigró en busca de nuevas zonas fértiles, pero otra parte se quedó en la tierra en la que se había iniciado su vieja cultura y degeneraron rapidísimamente. Los que emigraron tuvieron otro tipo de decadencia. Perdieron temporalmente su fe en los antiguos dioses y dejaron de ser un pueblo pacífico para enzarzarse en múltiples luchas intestinas por la conquista del poder. Poco después se produjo la terrible invasión de los toltecas, que se pusieron de parte de la facción más fuerte y actuaron con indecible crueldad, pero facilitaron la eclosión de una segunda cultura maya o —si se prefiere—, de un segundo momento de la recién estudiada.

3.— El arte de la Venta

Hacia el año 800 antes de Cristo o tal vez cien o doscientos años antes floreció una cultura incipiente, que se suponía influyó en la maya, pero que las últimas excavaciones que hemos recordado tienden a indicar que la influencia —si es que la hubo en alguna

dirección— fue más bien en sentido inverso. La Venta se halla en el Golfo de México, casi en el punto de confluencia de los estados de Veracruz, Tabasco y Chiapas y muy próxima, por tanto, al ámbito inicial de la cultura maya. Lo que en el aspecto artístico resulta más intrigante en la Venta son las esculturas de cabezas sin cuerpo ni cuello, que llegan a alcanzar una altura de dos metros y medio y un perímetro de 6,35 metros. La piedra en la que las labraban era o sumamente dura o sumamente frágil. El jaguar tenía un sentido religioso mal conocido y sus rasgos se entremezclaban en algunas cabezas con los de los nativos, de aspecto más bien aniñado. Eran asimismo maestros en el dominio del jade. Tanto lo inusitado de la fuerza ciclópea, como el abocetamiento precubista y ornamental de los rasgos de algunas otras figuras de tamaño algo mayor que el natural, en las que no hay ni piernas, ni cuello, pero sí brazos empotrados en el cuerpo, hacen difícil relacionar este arte con cualquier otro de la zona. Cabe destacar también los altares y las estelas monolíticas.

La cultura de la Venta está llena de enigmas y uno de ellos es la perfección de su técnica, que en algunos contados aspectos podía competir o superar a la de los mayas. A este respecto el hecho de que los monolitos en que se labraron las cabezas antes recordadas procediesen de una cantera situada a más de cien kilómetros de distancia y pesasen más de veinte toneladas, resulta asombroso si se tiene en cuenta que en Mesoamérica ni se conocía la rueda, ni existían animales de tiro. La única explicación es que se utilizasen miles de hombres para transportarlos y que algunas técnicas de utilización de cilindros de piedra o de grandes troncos para hacer avanzar sobre ellos los monolitos, hubiesen alcanzado una perfección inusitada en aquellos parajes. En dicho aspecto las técnicas de la Venta pueden competir con las de los mayas en la erección de los más recientes templos de Tikal, algunos de los cuales alcanzaban en opinión del profesor Richard Hansen, uno de los descubridores de sus restos, hasta 46 metros de altura, pero en un momento posterior al de las cabezas ciclópeas.

Próxima a la Venta se halla Tajín, ciudad de grandes dimensiones, cuya aportación máxima entre las muchas que hizo al arte consiste en una gran pirámide con 364 nichos a los que hay que añadir otro en su cúspide. Sus relaciones con el calendario, con el año solar y con todo lo que la medida del tiempo tenía de simbólico en la cultura maya, parecen evidentes. Se supone también que en la Venta se conocía el calendario doble de los mayas y su ciclo cósmico de coincidencia y es seguro que su cultura irradió hacia Tlatilco, Oaxaca y Guerrero, entrecruzando sus influencias con las procedentes del ámbito maya, con el que podía competir en originalidad y en capacidad expansiva, pero no en su abundancia de obras maestras, ni en su inigualado refinamiento.

4.— Monte Albán y Mitla

El arte oaxaqueño no se limita a Monte Albán, pero es allí donde aparecieron algunas de las obras más importantes de dicha zona. Aquellos zapotecas habían demostrado ya desde más de medio milenio antes del nacimiento de Cristo su gran capacidad escultórica y arquitectónica. Entre las esculturas son de máxima calidad las realizadas en barro

o en piedra por los zapotecas de Monte Albán y zonas limítrofes. Eran notablemente expresionistas y con deformaciones drásticas que no hubieran desdeñado los más originales escultores occidentales del siglo XX. El jaguar, igual que en el ámbito maya y en la Venta, mantenía en Oaxaca un simbolismo religioso de difícil interpretación en su sentido críptico, pero no en el estrictamente artístico, ni en el psicoanalítico. En dicho aspecto es especialmente significativa una escultura zapoteca de barro en la que un ser humano nace o sale de un jaguar a través de sus fauces. Cabe destacar la serenidad estática del rostro del hombre y el cuidado del jaguar para no dañarlo con sus dientes mientras lo hace salir a la luz del día. Siglos más tarde, entre los años 500 y 900 después de Cristo posiblemente, los mixtecas de Mitla construyeron en barro, piedra o mosaico unas esculturas un tanto abocetadas con expresión anhelante, simbolismo críptico e intensa expresividad. Eran notables también en Mitla las joyas de oro muy elaborado y las estelas narrativas de difícil interpretación, pero con minuciosa calidad en la ejecución.

En la época clásica del arte mesoamericano, comprendida aproximadamente entre los años 200 y 900 de nuestra era, el esplendor arquitectónico de los zapotecas de Monte Albán alcanzó su máxima cima de armonía y despojamiento. Sentían, igual que los mayas antes y que los aztecas más tarde, un gran interés por el juego de pelota que era sumamente popular y que fue practicado por casi todos los pueblos de Mesoamérica. Las gradas y la cancha del juego de pelota de Monte Albán se conservan intactas en una gran parte de esa construcción sobria, armoniosa y sencilla. No cabe decir lo mismo del extraordinario conjunto de pirámides y otros edificios religiosos de una posible plaza gigante. Se ascendía a los templos por grandes escalinatas que son tal vez los restos mejor conservados del conjunto. Las pirámides escalonadas son numerosas, pero de algunas se conserva poco más que los cimientos. Hay también restos de columnas y en lo alto de las mejor conservadas, lo que queda de los templos que los coronaban. En todas las obras recién recordadas, dejaron Monte Albán y Mitla constancia de sus relaciones culturales con el resto de Mesoamérica, de cuyo arte —primero del maya y la Venta y luego del de Teotihuacán— se hallaban bien informados.

5.— Teotihuacán

En la llamada «ciudad de los dioses» suele destacarse de manera especial la arquitectura, pero creo que la concepción urbanística que permitió intensificar su grandiosidad, es igualmente magnífica. La avenida central de la gran ciudad tenía casi dos kilómetros de largo y cuarenta metros de ancho. Desemboca en una gran plaza de 10.000 metros cuadrados de superficie, en cuyo fondo se yergue la «Pirámide de la luna». Alineada a la derecha se halla la gran «Pirámide del sol» y al principio de la avenida los restos del «Templo de Quetzalcoatl». Entre dicho templo y la gran pirámide estaba el consagrado a Tlaloc, del que casi nada subsiste. A ambos lados de la plaza se abrían otros dos edificios, uno de los cuales ha sido llamado «Templo de la agricultura» por los arqueólogos. En el aspecto urbanístico sus juegos de espacios correlacionados con los de la «Pirámide de la luna», sirvieron para cerrar monumentalmente la gran plaza.